

## SUMARIO

El viaje al extranjero de S. M. el Rey.—Los corresponsales en el teatro de la guerra.—El cultivo de la historia militar, por el Capitán Subrio Escápula.—Ametralladoras, por Enrique Crespo Cordonil, primer teniente de Infantería.—La defensa de Port-Arthur según un testigo ocular.—BIBLIOGRAFÍA: Preparación para la guerra (Nuevo Vegecio), por don Ricardo Burguete, comandante de Infantería.—Dinamismo espiritualista, por el mismo.—Estudio para la creación de los alféreces (suboficiales), en el ejército español, por don Cesáreo Huecas y Carmona, capitán de Infantería.—Rusia contemporánea. Estudios acerca de su situación actual, por don Julián Juderías.

Se acompañan los cuadernos 56 y 57 de **La Guerra ruso-japonesa**.

---

### EL VIAJE AL EXTRANJERO DE S. M. EL REY

La REVISTA CIENTÍFICO-MILITAR eleva á S. M. el Rey (q. D. g.) la felicitación más entusiasta por haber salido ileso del odioso atentado de París, acto aborrecible é insensato que hubiera podido sumir en el más amargo duelo á toda la Nación española; y se complace asimismo en expresar su respetuosa simpatía y sincero parabién al ilustre Presidente de la poderosa República Francesa.

El entusiasmo y las vivas simpatías despertadas por S. M. el Rey en su viaje por Francia ó Inglaterra, nos satisfacen como españoles y nos enorgullecen como militares, porque vistiendo nuestro uniforme S. M. ha puesto de relieve todas las grandezas del alma española, y como primer soldado de la patria ha recibido los homenajes de ejércitos tan justamente renombrados como el francés y el británico.

No obstante los prejuicios de que frecuentemente es víctima esta España tan poco conocida y estudiada, nuestros camaradas de allende el Pirineo y de ultra Mancha han reconocido en S. M. el Rey los rasgos distintivos de un gran Monarca y de un caudillo en el que late el más noble y puro espíritu militar.

La REVISTA CIENTÍFICO-MILITAR saluda cordialmente á los ejércitos francés y británico, á los colegas de ambas naciones, y en particular agradece á la *Revue du Cercle Militaire* sus sentimientos de cordial simpatía, siempre correspondidos como se merecen.



### LOS CORRESPONSALES EN EL TEATRO DE LA GUERRA

La prensa inglesa, siempre previsora y práctica, ha discutido recientemente en sus columnas la cuestión de la publicidad de las noticias mi-

litares en tiempo de guerra. Prescindiendo de los intereses particulares en aras de los nacionales, la opinión se ha declarado en favor del silencio de los periódicos, aunque sin extremar esta medida ni darle un carácter general, porque ciertamente hay datos y noticias que no solo es inútil reservar sino que conviene darlas á conocer. El punto más difícil es el relativo á las correspondencias y despachos de los corresponsales en el teatro de la guerra. En un teatro europeo, sería absolutamente imposible guardar el secreto de que tan excelente ejemplo nos dan los japoneses.

Las medidas coercitivas, aplicadas sin distinción y con rigor, resultarían contraproducentes; aguijoneados por la necesidad y por el afán de sobresalir en la información, los corresponsales avivarian su ingenio, encontrando mil medios de burlar la censura militar. Por otra parte, en la época actual no hay que pensar siquiera en abolir la costumbre de que la prensa tenga representantes en los ejércitos de operaciones. Y es justo consignar que si á veces las noticias irreflexivamente propaladas han perjudicado los planes propios y comprometido la defensa nacional, en muchos casos los periódicos han sido quienes revelaron la situación, recursos y propósitos del enemigo.

Hase citado la influencia que la prensa, con sus noticias, ejerció en el desarrollo de la guerra franco-alemana, y, sin remontarnos á tan larga fecha, lo sucedido recientemente durante la campaña hispano-americana. Sin necesidad de puntualizarlos, es indudable que los periódicos son un arma de dos filos que puede resultar ventajosa ó nociva según se la maneje.

El asunto, de verdadero interés, no puede quedar desatendido hasta el momento del conflicto; conviene que desde el tiempo de paz se procure reglamentar la conducta que ha de observarse en la guerra, á fin de que al llegar ésta estén ya establecidas costumbres y hábitos aceptados por todos.

Concretándonos á los corresponsales en los ejércitos de operaciones, la mayor dificultad proviene del carácter y condiciones de aquellos. Fueran ellos personas versadas y conocedoras de los asuntos de la milicia, capaces de discernir lo conveniente y lo perjudicial, reflexivas y discretas, y seguramente bastaría una benévola censura, inspirada en el consejo antes que en la prohibición, para que la presencia de los corresponsales en el teatro de la guerra fuera siempre un auxiliar poderoso del general en jefe y del ejército en general.

Pero estas cualidades no es posible exigir las á quien se ha educado en las mesas de redacción y no conoce á fondo las instituciones militares, ni ha estudiado profundamente los graves problemas de la defensa nacional; el talento, la intuición y el buen deseo, no pueden suplir lo que solo puede obtenerse á fuerza de tiempo y de una preparación especial.

A nuestro juicio, debería limitarse la facultad de las empresas periódicas para nombrar corresponsales en el teatro de la guerra, imponiendo ciertas condiciones que fueran garantía de la idoneidad de los agraciados, y evitaran que pudieran convertirse en un estorbo ó acaso en un peligro. Con esta medida no se perjudicaría á nadie, y los periódicos serían los primeros favorecidos, porque su información ganaría en exactitud, en verdad y en interés.

Este es uno de tantos pequeños problemas que están sin resolver, y que no conviene aplazar hasta última hora, porque la censura, no del todo eficaz, es á veces mal interpretada, distrae en ocasiones el ánimo del general en jefe apartándole de lo que es principalmente su misión, y, sobre todo, suele ser siempre un acicate para que se procure burlarla, olvidando el que la quebranta la discreción que debe informar la conducta de quien sigue las operaciones de un ejército.

#### EL CULTIVO DE LA HISTORIA MILITAR

Nada contribuye tanto á formar un hombre de guerra llamado á dirigir un núcleo armado, sea grande sea pequeño, como el estudio de las campañas antiguas, modernas y contemporáneas. Entre nosotros este estudio apenas cuenta con media docena de cultivadores y un número ínfimo de lectores.

Nos gusta leer la historia de las guerras, pero solo en sus líneas generales y en su parte episódica, ó sea en lo que no resultan útiles ni provechosas; porque los que solo se fijan en las audaces concepciones de los grandes caudillos se sienten hábiles generales en jefe; sin detenerse á meditar en las dificultades y escollos que tuvieron que vencer aquellos caudillos, dificultades de índole obscura y en las que no paran mientes los historiadores; y los aficionados á la parte episódica, atribuyen los éxitos al valor y al heroísmo y, cual nuevos Cides, se juzgan capaces de someter al enemigo al filo de sus espadas.

Hoy por hoy, la historia militar está en lamentabilísimo abandono en España. Porque no entendemos por historia militar la vulgar y corriente de describir en cuatro rasgos una campaña, aderezándola con media docena de actos y hechos notables. Esas historias solo satisfacen la curiosidad, y sirven para adquirir una superficial ilustración, pero no enseñan nada; á lo sumo pueden ser útiles á las tres ó cuatro personalidades llamadas á dirigir un ejército en campaña, pero ¿qué enseñanzas pueden reportar de ellas el teniente ni el comandante? Antes las tenemos por perniciosas, porque despiertan en muchos la falsa creencia de que poseen dotes de mando para conducir un ejército, y el verdadero general en lugar de contar con auxiliares devotos y abnegados, tendrá á sus órdenes mudos censores que, sin las responsabilidades del mando é ignorando

sus dificultades, no obrarán en todos los casos con el convencimiento y la ciega confianza necesarias en la guerra.

La historia militar debe ser obra de estudio y fuente de enseñanzas, y no materia literaria de mero pasatiempo y de agradable lectura. Pero ¿qué oficial es capaz de acometer la empresa de describir con todo detalle una campaña, labor que requiere además de tiempo y dispendios no pequeños, la consulta de copiosos datos, informes y relaciones que solo se encuentran en los archivos y centros directivos? Las fuerzas de un particular, por grande que sea su buen deseo, no bastan, y es menester el auxilio oficial bien dirigido. Y como lo que interesa y conviene á toda la colectividad no puede quedar al arbitrio exclusivo de las aficiones y cualidades individuales, corresponde al Estado, representado por el Ministerio de la Guerra, encauzar y guiar el desarrollo de la historia militar.

A este objetivo responden las Secciones históricas que forman parte de los Estados Mayores Centrales de los principales ejércitos, algunas de las cuales han conquistado una notoriedad extraordinaria por la fecundidad y acierto de sus labores. Estas secciones históricas, además de contribuir al progreso intelectual del ejército, señalando indirectamente los defectos que deben corregirse, lo que debe ser materia de nuevo estudio, y lo que conviene conservar; y de ofrecer á todos, desde el segundo teniente al capitán general, abundantes enseñanzas, á cada cual dentro de la esfera en que debe moverse; han logrado otra finalidad, porque han despertado la afición á estos estudios y no pocos oficiales consagran sus talentos y aptitudes á desentrañar operaciones de guerra que aun permanecen obscuras, ó á investigar las verdaderas causas y orígenes de una derrota ó de una victoria. De aquí las numerosas monografías que diariamente aparecen en el extranjero, y en las cuales se descinde al último detalle, poniéndose de relieve la influencia que en una batalla y por consiguiente en una campaña, han ejercido todos los actores, relacionando todas las circunstancias y antecedentes del caso.

No estamos nosotros preparados para emprender desde luego la colosal tarea de historiar nuestras guerras de la segunda mitad del pasado siglo, de modo que el relato sea algo más que una sucesión de partes y relaciones oficiales y de ligeras noticias topográficas y notas críticas. Esta labor exige el concurso de todo el ejército, y el conocimiento detalladísimo de la parte que tomaron en ellas los diferentes cuerpos y unidades. Limitarse á describir las operaciones en líneas generales, sin descender al pormenor, será de utilidad al general, pero, según ya hemos dicho, en nada ilustrará al oficial ni le enseñará la conducta que debe seguir en casos análogos ó parecidos.

Claro es, sin embargo, que si no se empieza nunca se hará nada; en este concepto, conviene comenzar por la publicación de una sola de

nuestras campañas, ó de las operaciones encaminadas á la consecución de un objetivo determinado, tales como, por ejemplo, la liberación de Bilbao ó el sitio de la Seo de Urgel, en la última guerra civil, ó el ataque á Santiago de Cuba ó las operaciones en la trocha occidental, de la guerra de Cuba.

Pero lo primero es la creación de la Sección histórica; poniendo sumo tino en la elección del personal, y dándole grandes facilidades para todo; es absolutamente necesario, que esa Sección no funcione en ningún momento como uno de tantos negociados con horas reglamentarias de oficina, ni se la someta al régimen igualitario que suele agostar las mayores iniciativas y mata el entusiasmo y el buen deseo; esta observación, por lo demás, es aplicable á otras muchísimas modalidades de la vida oficial, inspirada en el fondo por la desconfianza.

Por lo demás, la Sección histórica ha menester el concurso ageno, y muy en particular el del ejército, pues una infinidad de datos, que sueltos no tienen ningún interés pero que concertados ofrecerían copiosas enseñanzas, andan dispersos en los cuerpos y dependencias militares.

Tristísimo es también que no haya tenido más cultivadores la historia particular de cada uno de los regimientos y unidades. El amor del soldado á la patria debe empezar por el amor á la compañía, seguir por el amor al regimiento y al arma, y concluir por el amor al ejército en su conjunto. ¡Cuán hermoso y cuánto contribuiría á formar buenos soldados, que el recluta aprendiera, desde los primeros días de su incorporación, la historia de su regimiento, conociera los hechos más memorables en que tomó parte, y supiera los nombres de quienes, vistiendo el mismo uniforme del recluta, murieron gloriosamente ó engrandecieron su vida con actos merecedores de perenne recuerdo! Vibraría el corazón del soldado, apelariase á sus sentimientos, y en ellos se encontraría la base más firme del honor y de una conducta intachable.

Mucho podría hacer la iniciativa oficial para conseguir que se escribiera la historia de las unidades orgánicas, valiéndose de los datos existentes en los archivos de los cuerpos. Nada importa que la labor no resultara perfecta y completa desde luego; poco á poco se iría perfeccionando y mejorando, hasta llegar á una historia digna de este nombre, pero entre tanto habríanse acopiado materiales y abierto nuevos horizontes á la aplicación y laboriosidad.

Con todo, hemos de insistir nuevamente en que los trabajos históricos que el ejército necesita han de ser detalladísimos, sin omitir ningún pormenor, y tales que se aprecie con claridad la intervención de todas las fracciones que integraban el ejército, y se mencionen las circunstancias morales y materiales en que se desarrollieron las acciones de guerra. Si los primeros pasos se dan mal y se emprende un rumbo equivocado, será luego imposible enderezarlo. Empecemos por lo pequeño, y cuando

estemos preparados podremos acometer el estudio en grande escala de nuestras guerras. Pero no olvidemos que la historia militar, si ha de escribirse en beneficio y para el ejército, no ha de ser un trabajo de erudición, ni de brillantes síntesis y galano estilo, sino materia de estudio y de enseñanza para todos, escrita con claridad y sencillez, muy bien documentada, profusamente ilustrada, y depurada y revisada con la más severa imparcialidad.

*El Capitán SUBRIO ESCÁPULA.*

### AMETRALLADORAS

De todos conocida su historia y origen: dimanante éste del principio que siempre entusiasmó á la humanidad entera, multiplicar el efecto útil con la menor cantidad de trabajo, las transformaciones sufridas, los agentes que se han tratado de aprovechar y su abandono temporal hasta que la guerra de secesión impulsó á los americanos ávidos de medios de combate á lanzarse agujoneados por su patriotismo, al mismo tiempo que por la idea de la especulación, al terreno de los inventos consiguiendo ponerla en condiciones de figurar entre los elementos de combate. Igualmente lo es su empleo en la guerra del 70, en donde por no haberse hecho cargo de su objetivo tomó parte en el duelo de Artillería.

Muchos y continuos han sido los trabajos realizados por la Industria contemporánea de las distintas naciones, deseosas de ejercer la hegemonía militar, hasta la aparición del cartucho metálico y el adelanto de las pólvoras que disminuyendo sus residuos facilitaron el tiro mecánico.

Resuelto por completo el problema de su empleo en el combate naval, permanece indeterminado y esperando que la práctica de la campaña ruso-japonesa sancione su uso como arma de Infantería y Caballería, ó bien su aplicación en baterías independientes cuya misión sea la de campaña. La mayoría de los partidarios de esta teoría lo son por el mero hecho de la forma adoptada en algunas naciones para su transporte, que tiene bastante afinidad con el de la Artillería, pero sus efectos, proyectiles y distancias á que se emplean no le son en nada parecidos.

Aunque algunas naciones, como Suiza, Dinamarca, Suecia y Austria las agregan á sus caballerías, adoptando los modelos Maxim de 7.5 mm. Joukheer Madsen (velocidad de 750 por minuto), la Hotchkiss en sustitución de la antigua Palmerantz de 10 cañones, y en la última de las citadas naciones la proyectada por el Archiduque Juan Salvador y Von Dornus (200 á 480 disparos por minuto), no por eso creemos que esta sea la más apropiada aplicación de los grupos de ametralladoras, toda vez que la principal misión de dicha arma no es el fuego sino aprovechar su gran movilidad, por lo que debe ser limitado su número y adaptarse en lo

posible al sistema de transporte establecido en Dinamarca, en donde lo son en un caballo de mano y las municiones en cintas conducidas por los mismos jinetes, por cuyo medio dicha arma no pierde su cualidad principal, consiguiendo en caso necesario mayor consistencia en el fuego.

Alemania dotó á su Infantería después de un sinnúmero de experiencias del Modelo Maxim en 1899. En dicho año poseía 7 Secciones de 6 ametralladoras, y á medida que su presupuesto se lo permitió los aumentó hasta dieciseis, que se encuentran 13 en Prusia, 2 en Sajonia y en Baviera, reforzando su personal hasta 4 oficiales, 15 Sargentos, 74 soldados, 10 conductores y 54 caballos.

Rusia dispone de 7 Compañías de 8 piezas Maxim de 7,66 milímetros, de las cuales se encuentran 3 en el Extremo Oriente, agregadas á las Divisiones de los Cazadores de la Siberia Oriental.

Su personal y material lo forman 5 oficiales, 90 hombres, 10 caballos de silla, 26 de tiro y 8 carruajes.

El tren de combate está constituido por 9 carros.

Las municiones van en cajones dispuestos en dos rollos de 450 cartuchos, siendo conducidos cada tres de estos por los avantrenes; los carros del tren transportan diez cada uno.

Las que permanecen en Europa poseen el mismo número de ametralladoras, pero su personal y tren es más reducido.

En substitución de la Fitzgerald de 8 cañones colocados en dos filas, de velocidad 8 disparos por segundo, los Estados Unidos adoptan y emplean en la guerra hispano-americana la Colt de 18 kilogramos de peso, en lo que aventaja á la anterior, alcanzando igual velocidad en el fuego, y siendo su enfriamiento producido por una corriente de aire que por un mecanismo especial penetra en el cañón durante su retroceso.

Después de esta campaña y como resultado de nuevas experiencias, se adoptó la Vickers-Maxim por su superioridad sobre las demás, ordenándose la construcción de 50 de estas para ensayarlas en gran escala por la Infantería. Turquía adquirió doce en Alemania, y en la actualidad Portugal experimenta las Hotckhiss, Maxim, Bergman y Schwarzbose.

Esta es semejante á las dos anteriores y parece despertar más interés, por ser su característica el poco número de piezas, solidez y gran sencillez en el conjunto, un regulador que permite variar la velocidad entre amplios límites, y estar los cartuchos colocados en una caja metálica desde donde pasan á su posición definitiva sin necesidad de cinta, evitándose de este modo que los agentes obren sobre ellos provocando interrupciones en los mecanismos.

Desde hace tiempo los batallones alpinos franceses ensayan el modelo Hotckhiss.

A Inglaterra le prestan y han prestado grandes servicios en sus guerras coloniales, por lo que les dedica gran atención poseyendo grupos á

cargo de las distintas armas y aceptando la Simpson (del aspecto de una Maxim más pequeña) cuyo manejo realiza un solo hombre.

Cosa parecida estableció el Japón al crear experimentalmente dos grupos afectos á las divisiones, con la misión de prestar su apoyo á las armas de combate y en los momentos que dispongan los Comandantes generales.

De lo anteriormente expuesto, se deduce la conveniencia de cuanto manifestamos respecto á su clasificación entre las armas combatientes, y se demuestra nuestro abandono en asunto de tanto interés, pues á excepción de las adquiridas durante la campaña carlista, las que fueron empleadas al azar, nada hemos hecho oficialmente para estudiarlas ni adoptarlas, á pesar de los grandes servicios que podrían proporcionarnos dadas las condiciones del suelo de la península.

La divergencia en su empleo nos la sintetizan Alemania y Suiza; mientras ésta las destina por falta de artillería á caballo al servicio de exploración con su Caballería, cuyos jefes hacen caso omiso de ellas pues de otro modo podrían dificultar su cometido, debiendo por su parte los grupos combatir cuando comprendan su utilidad; Alemania las emplea en donde debe acumularse un gran fuego de Infantería.

En sus reglamentos esta nación establece el fuego *aislado* para el primer periodo del combate, *por serie* contra pequeños blancos, cuidando de observar los efectos después de cada una, y el *continuo* en sus últimos fases; admitiéndose además en Suiza el *rápido* para los grandes peligros, por ráfagas de 100 á 150 disparos por pieza, interrumpiéndose únicamente para lubricar.

La dirección, los alemanes se la conceden á los jefes de pieza, dándosela los otros á los jefes de sección; ambos establecen el fraccionamiento por secciones, pero nunca por piezas para evitar que por deterioro de un mecanismo queden inutilizados sus efectos.

A raíz de la guerra del Transvaal comenzó á palpitar la idea de dedicarlas principalmente á fuegos á grandes distancias, quizás debido á las condiciones de la guerra, pero por las enseñanzas de la actual quedará desvanecida, pues según los datos recojidos de la batalla de Liao-Yang, su fuego fué siempre superior al de las líneas de tiradores japoneses á distancia menores de 1.500 pasos, no pudiendo sin embargo aceptar el combate de la Artillería (al contrario de lo manifestado por el teniente Mr. Parker, jefe de la sección empleada contra Santiago de Cuba), cumpliendo á pesar de ello con la misión que se le había encomendado de impedir la ocupación de Maitun, habiendo disparado durante dos días 26.000 cartuchos y sufrido un 30 % de bajas en su personal.

Consecuencias muy parecidas á las manifestadas por el coronel austriaco Schleyer, que las supone inferiores al tiro de shrapnel cuando está ajustado, pero siempre muy superior al de 50 infantes que disparen 400

por minuto, así como un grupo de 6 de estas piezas es más potente que el fuego realizado por un Regimiento de caballería á pie.

Propone dicho jefe con objeto de aumentar sus efectos el uso de ellas con alzas que difieran en 50 á 100 metros.

En cuanto á su empleo técnico debe ser el aconsejado por la táctica del arma que ha de auxiliar, puesto que el fuego por ellas proporcionados no es más que uno intensísimo de fusilería, pareciendo lógico que estas armas presten su apoyo á la Infantería ó Caballería en aquellos momentos que los de esta clase deben aplicarse, puesto que les superan en rapidez y precisión, oponiéndose á ello únicamente la dificultad de disponer de un montaje que les permita acompañarlas en todos los momentos y no retrasar á la primera en sus saltos sucesivos.

Tratando de facilitar su empleo algunos inventores la convierten en un arma transportable por un solo individuo, pero la necesidad de sus 6.000 á 7.000 cartuchos que deben constituir su primer escalón requiere el empleo de carruajes ó acémilas; una vez admitidas éstas poca influencia tendrá el aumento de los encargados de conducir las, quedando intacto su poder ofensivo que de otro modo tendría que sacrificar en beneficio de la disminución de peso.

ENRIQUE CRESPO CORDONIL.

Primer Teniente de Infantería.



## LA DEFENSA DE PORT-ARTHUR SEGÚN UN TESTIGO OCULAR

En el número de la *Revue du Génie Militaire* correspondiente al mes de Mayo, se ha publicado un notabilísimo artículo en el que se dan detalles precisos y absolutamente inéditos de la defensa de Port-Arthur, suministrados por uno de los oficiales de ingenieros de la guarnición de aquella plaza.

El interés que despertó la heroica defensa de Port-Arthur y las enseñanzas que de las operaciones del sitio se deducen, nos aconsejan dar un extenso extracto de aquel artículo.

\*  
\* \*

El frente de tierra debía componerse de seis fuertes, cinco obras abiertas por la gola, cuatro baterías, tres obras flanqueantes, una luneta y varios reductos de campaña. Al comenzar la guerra, los fuertes números 1, 2, 3 y 4 estaban casi terminados; del 5 solo se había abierto el foso y hecho la explanación, y el número 6 no estaba empezado siquiera. Solo tres fuertes tenían armamento. Más atrasados aún se hallaban los trabajos de las obras abiertas por la gola.

Toda la artillería de los fuertes, compuesta de cañones de 15 centímetros, modelo antiguo, estaba á barbata, bien delante de las casamatas,

ya entre éstas. Las casamatas eran de hormigón y calculadas para resistir la penetración de los proyectiles de 15 centímetros. Las escarpas y contra-escarpas eran también de hormigón. Los fosos quedaban batidos en parte por medio de cofres de contraescarpa, que comunicaban con el interior de los fuertes por medio de galerías subterráneas. Una organización parecida tenían las obras abiertas, aunque sin foso en el frente de gola. En las baterías había también casamatas de hormigón.

En los alrededores de las obras se encontraban muchas zonas en ángulo muerto.

El número total de cañones en batería en el frente de mar y en el de tierra era de unos 500, número que llegó á 600 en el mes de Julio, gracias á los cañones sacados de la escuadra.

A primeros de Junio, los rusos comenzaron numerosos trabajos de defensa, notándose muy luego la escasez de oficiales de ingenieros; 13 en la plaza y 18 en las compañías de zapadores, minadores y telégrafos.

En las partes destinadas á los tiradores, las trincheras medían 1,30 metros de profundidad, con un parapeto y bonetes para proteger á la guarnición. En las partes destinadas á la comunicación la profundidad era la precisa para cubrir á un hombre de pie. Abundaban los traveses, y de distancia en distancia había abrigos blindados, formados por dos capas de carriles recubiertos por unos dos metros de mampostería.

Unos 30 cañones Canet, de 15 centímetros, y 50 de calibre inferior y tiro rápidos suministrados por la escuadra, fueron montados, á partir del mes de Junio, en baterías de campaña, sin abrigos de mampostería, interponiéndose entre cada dos piezas un través y un abrigo con techo de madera.

Delante de sus obras los rusos instalaron varias defensas accesorias: 1.º alambradas; 2.º minas; 3.º fogatas; 4.º pozos de lobo; 5.º talas; 6.º un circuito de alambre recorrido por una corriente de 500 voltios.

A causa de la escasez de materiales solo se pudo dar á las alambradas una anchura de 2 metros; los piquetes, que se hincaban mal en el terreno pedregoso de Port-Athur, eran arrancados con facilidad por los japoneses, quienes operaban durante la noche vestidos con trajes grises.

Para la inflamación de las minas y fogatas se empleó primero la electricidad, pero las granadas japonesas de 15 centímetros abrían embudos de 2 metros de profundidad y cortaban los cables. Se recurrió entonces á la inflamación automática, bien escondiendo una plataforma de madera bajo una delgada capa de tierra, de manera que por el peso de un hombre se cerrara una corriente ó se accionara un tirafrector, ó por otros medios usuales.

Los pozos del lobo y las talas eran destruidos fácilmente por la artillería del sitiador; y el alambre recorrido por la corriente eléctrica no

dió tampoco grandes resultados porque los japoneses lo cortaban con tijeras provistas de un mango aislador.

Hasta el 19 de Septiembre la colina de 203 metros estaba defendida por dos líneas de trincheras organizadas como se ha dicho antes; en las dos cumbres había además dos obras cerradas, de igual perfil que las trincheras. La experiencia demostró que los abrigos no resistían al tiro de los cañones de 15 centímetros, y las zonas en ángulo muerto permitían la llegada de los japoneses sin ser vistos, y no quedaba entonces otro medio de defensa que la bayoneta. Entonces fueron reforzados los abrigos, aumentando el espesor de la mampostería á 3,50 metros; se modificó el trazado de las trincheras y se multiplicó el número de entradas y salidas, tendiéndose á suprimir los parapetos de las trincheras. El 19 de Septiembre comenzó la construcción de dos reductos en las cumbres, pero la naturaleza rocosa del terreno entorpeció los trabajos, y hubo de recurrirse á los explosivos; cuando los japoneses reanudaron los ataques, esos reductos no estaban concluidos.

Como los abrigos de los fuertes permanentes solo resistían el tiro de los cañones de 15 centímetros, cuando los japoneses montaron piezas de 28 centímetros fué necesario reforzarlos. Careciéndose de obreros prácticos, los ingenieros de Port-Arthur desistieron de las bóvedas, y dieron á las casamatas una luz de 3 á 4 metros, cubriéndolas con monolitos adintelados de hormigón, de un espesor de 3 metros, recubiertos por 4 metros de piedras duras trabadas con cemento. Se vió que era preferible no poner tierra encima. En el fuerte número 5 se construyó un blindaje de grandes piedras y cemento, de 4 metros de espesor, puesto sobre dos capas de viguetas doble T de 15 centímetros. Unos y otros abrigos resistieron perfectamente á los proyectiles de 28 centímetros.

Desde el 30 de Mayo los japoneses emplearon profusamente las granadas de mano. Una desgraciada circunstancia demostró que una sola de estas granadas bastaba para poner fuera de combate á diez hombres: un oficial ruso explicaba cierto día el mecanismo de estos proyectiles, teniendo una granada en la mano; esta hizo explosión, y el oficial y nueve soldados quedaron muertos.

Las granadas japonesas eran de sección rectangular y estaban formadas por un prisma de melinita puesto entre dos prismas de piroxilina ó fulmicotón comprimido; un bramante enrollado en el sentido de la longitud mantenía en contacto los tres prismas; en uno de los de piroxilina entraba una salchicha Bickford, de 10 á 15 centímetros, con una cápsula de fulminato en su extremo. Las granadas pesaban unos 800 gramos, y se introducían en un saco de tela que los soldados llevaban sobre el pecho, suspendido del cuello; la inflamación se obtenía mediante una mecha sujeta al cinturón. Estas granadas no estaban protegidas por ninguna envuelta, de modo que durante la marcha el rozamiento

impregnaba de partículas el uniforme del soldado; así cuando una granada rusa estallaba cerca de las tropas japonesas, los uniformes de estas se encendían y el fuego se propagaba rápidamente de unos á otros individuos, hasta el punto de que en los ataques del 19 y 20 de Septiembre contra la colina de 203 metros, se veía correr á los soldados japoneses con sus ropas ardiendo; casi todos los cadáveres estaban carbonizados. Después, los japoneses envolvieron las granadas con papel y desapareció este defecto.

En Agosto los rusos empezaron á construir granadas de mano, de las que confeccionaron unas 18.000. La envuelta era la cápsula de latón del cartucho de 47 milímetros, tal como quedaba después del disparo; contenía una carga de 600 á 1.400 gramos del explosivo Sampson (clorato de potasa, nitrobenzol y otras substancias) ó de rack-á-rock (clorato de potasa y aceite pesado de hulla), protegido por una capa de brea. Se inflamaba por una salchicha Bickford de 12 centímetros, con una cápsula de fulminato. Los soldados llevaban en el cinturón una mecha encendida, con la que daban fuego á la salchicha, arrojando enseguida el explosivo á unos 20 metros al frente.

Como este sistema de inflamación no resultaba práctico en los días lluviosos, se empleó este otro: la salchicha se cortaba á bisel y en su extremo se aplicaba un estopín; el soldado corría el tirafrictor y cuando veía humear la salchicha arrojaba la granada.

También utilizaron los rusos, como granadas de mano, los proyectiles de 8 centímetros de los cañones de desembarco; se graduaba la espoleta á 5 ó 6 segundos, según la distancia, se golpeaba el suelo con la granada, y así que se oía el ruido de la combustión se lanzaba el proyectil.

Para distancias superiores á 20 ó 30 metros se empleaban catapultas parecidas á las antiguas.

Los soldados rusos tenían gran confianza en estos proyectiles, de modo que cuando una compañía entraba de servicio en una trinchera, lo primero que los hombres preguntaban era si había granadas; al acercarse los japoneses, los cazadores dejaban su fusil para tener más libertad de movimientos al arrojar las bombas.

Al comenzar el sitio, la plaza tenía una dotación de municiones muy corta para las piezas de calibre superior á 15 centímetros. Estas últimas disponían de 300 disparos por pieza, número que aumentó utilizando los antiguos proyectiles chinos y las granadas de ejercicio del tiempo de paz. En los últimos meses, los rusos utilizaron también los proyectiles enemigos de 28 centímetros que no estallaban, gracias á la circunstancia de que sus morteros estaban rayados en sentido inverso á los del sitiador.

En el mes de Noviembre solo se dispararon 5 ó 6 tiros diarios por cada pieza de 15 centímetros.

Los japoneses aprovecharon hábilmente los ángulos muertos para hacer llegar sus trincheras al pie de los fuertes rusos, construyéndolas unas veces á la zapa volante y otras á la zapa llena. Estas trincheras, sin parapeto, tenían los dos taludes en contrapendiente, y en el de gola se dejaba una banquetta para que pudieran sentarse los ocupantes.

Los trabajos de mina del sitiador fueron poco acertados; solo atacaron de este modo los fuertes números 2 y 3, dirigiendo contra cada uno de ellos dos galerías con cuatro hornillos; pero los ataques resultaron tan deficientes, que al ocurrir la explosión quedaron destruidas las galerías sin que las mamposterías de los fuertes padecieran.

Entre las enseñanzas que se desprenden del sitio de Port-Arthur son dignas de notar las siguientes. Los rusos reconocen la necesidad de numerosos morteros de grande y de pequeño calibre, para desmontar las baterías de sitio, entorpecer los trabajos de zapa y preparar las salidas.

Las baterías de la defensa fueron construidas en los puntos culminantes, en lugar de desenflarlas detrás de las crestas, por lo que fueron batidas con éxito por los japoneses. Únicamente una batería, bien desenfilada entre dos colinas, llamada del Obelisco, permaneció intacta hasta la terminación del sitio.

La falta de corazas y cúpulas hizo muy penoso el servicio de las piezas en cuanto los japoneses lograron superioridad en el tiro. En cuanto se señalaba un proyectil enemigo, los sirvientes se refugiaban en los abrigos; después de la explosión cargaban rápidamente la pieza, pero la llegada de otro proyectil les obligaba casi siempre á retirarse otra vez; luego apuntaban, y casi siempre el acto del disparo no tenía lugar sin que le precediera una tercera retirada al abrigo. Como en un sitio la artillería de la plaza está condenada á ser inferior á la del asaltante, se impone el empleo de cúpulas y corazas.

El 15 por 100 de los cañones fueron desmontados por el fuego enemigo, y otras piezas se inutilizaron por lo intenso de su propio tiro; de aquí que convenga que una plaza destinada á sostener un sitio de un año de duración tenga en reserva un número de piezas igual al de 120 por 100 de las que hay en batería, ó sea 20 por 100 para reemplazar las desmontadas por el enemigo ó accidentes fortuitos, y 100 por 100 para substituir las inutilizadas por el uso.

El fuego de la artillería japonesa fué siempre muy violento, hasta el punto de que durante el bombardeo de la colina de 203 metros, cayeron de 40 á 45 granadas de 23 centímetros por minuto, sin contar las de 15 centímetros y los shrapnels. En consecuencia, la dotación mínima de municiones no debe ser inferior á 3.000 disparos por pieza en batería.

Durante el ataque de la montaña de 203 metros, una batería rusa rompió súbitamente el fuego contra el asaltante y le obligó á retirarse; entonces la artillería japonesa concentró el tiro á retaguardia de sus

propias tropas; las granadas, al estallar, dibujaron una línea blanca muy visible, á manera de amenaza contra las tropas en retirada. En otra ocasión, las ametralladoras japonesas dispararon contra las reservas que vacilaban en avanzar.

Aprovechando los ángulos muertos, los japoneses prolongaron sus zapas hasta el glasis del fuerte número 2 (Keekuan); una granada atravesó el techo de uno de los cofres de la contra-escarpa, y los asaltantes penetraron entonces en el interior de las galerías de flanqueo. Pero los rusos tuvieron tiempo de construir un murete con sacos terreros, de modo que el cofre quedó dividido en dos porciones, en las cuales reinaba completa obscuridad. Asaltantes y asaltados ocuparon cada una de estas dos porciones durante dos meses y medio, sin poder desalojarse mutuamente. Finalmente los japoneses consiguieron hacer penetrar materias asfixiantes en la parte defendida por los rusos, y quedaron dueños de la galería.

---

## BIBLIOGRAFÍA

---

PREPARACIÓN DE LAS TROPAS PARA LA GUERRA (Nuevo Vegecio), por don Ricardo Burguete.—Madrid, 1905.—153 páginas, dos pesetas.

DINAMISMO ESPIRITUALISTA, por don Ricardo Burguete.—Madrid, 1905.—206 páginas, 3.50 pesetas.

El distinguido comandante de Infantería don Ricardo Burguete acaba de dar nueva muestra de su brillante ingenio y de su fácil pluma, con la publicación de los dos estudios cuyos títulos encabezan estas líneas.

El primero está inspirado en la preceptiva del célebre Vegecio con aplicación al actual estado de nuestras ideas militares. Dirigido tanto á los oficiales del Ejército como á cuantos se ocupan en asuntos militares, el autor expone desde un nuevo punto de vista los principios que tanta notoriedad le han conquistado, fijándose especialmente en lo que podría llamarse alma del ejército. Encaminado el libro á imprimir nueva sabiduría y distinta orientación á la institución armada, más que un escrito destinado á convencer y persuadir procura impresionar y hacer sentir, tarea á la que tanto se presta el brillante y espontáneo estilo del comandante Burguete.

Profundos pensamientos, máximas originales y consejos nuevos, unos por el fondo y por su forma otros, realzan el mérito del libro, que leerán con gusto aun aquellas personas que discrepan de las opiniones del autor.

El *Dinamismo espiritualista* ofrece un notable aspecto de la vida considerándola en tres órdenes de ideas, ó tres dimensiones, y presenta el proceso histórico de España desde el punto de vista de una ética particular, en la que el autor ha procurado resumir la espiritualidad de la raza y su influencia en los destinos nacionales. Aunque sin profundizar en ellos, todos los asuntos están tratados con acierto, y hacen que el lector encuentre abundantes bases é interesantes reflexiones para que pueda desarrollar su propio pensamiento y esparza el ánimo en las regiones elevadas del espíritu.

Felicitemos al ilustrado comandante Burguete, que incansable en

todo tiempo acrecienta con su pluma, en los ocios de la paz, los lauros que con su espada conquistó en la guerra.

ESTUDIO PARA LA CREACIÓN DE LOS ALFÉRECES (SUBOFICIALES), EN EL EJÉRCITO ESPAÑOL, por don Cesáreo Huecas y Carmona, capitán de Infantería.—Madrid, 1905.—68 páginas, 1.25 pesetas.

La necesidad de los suboficiales está universalmente reconocida; sino en todos los ejércitos, en los más de ellos se encuentra esa categoría intermedia entre el oficial y el sargento, cuya falta se hizo sentir en España desde la supresión de los sargentos primeros. Casi todos los escritores militares de mayor reputación, y cuantos por su posición ó por sus aficiones se ocupan en asuntos de organización, están de acuerdo en que la clase de suboficiales es absolutamente necesaria. Si hasta ahora hemos podido prescindir de ella ha sido debido á los insignificantes efectivos de las compañías en tiempo de paz, y á la naturaleza irregular de las últimas guerras; pero el día en que las compañías estén regularmente nutridas, ó si sobreviene un conflicto internacional, no podrá demorarse más tiempo la resolución del problema. Abordado bajo el apremio de las circunstancias se corre la contingencia de que, por buena voluntad que en él se ponga, la solución no sea enteramente satisfactoria, pues es difícil llegar á ella desde luego y antes de que la práctica y la experiencia la hayan sancionado.

Estos problemas, verdaderamente difíciles y de carácter nacional necesitan ser resueltos en los tiempos tranquilos de la paz, á fin de que al estallar la guerra funcionen con normalidad y en buenas condiciones los nuevos servicios.

Tan interesante y perentorio es el asunto, que con solo haberse ocupado en él ha prestado el señor Huecas un señalado servicio al ejército. Admitida por todos la conveniencia de la creación de los suboficiales, las dificultades que se han opuesto á ella son muy complejas, nacidas unas de los recuerdos de nuestras discordias intestinas en el siglo pasado, y debidas otras á la convicción de que los suboficiales cortados según los patrones extranjeros no cumplirían entre nosotros su verdadera misión. Este es el punto capital y el escollo que detiene á nuestros ministros de la Guerra.

¿Cómo mantener en un prudente término medio al suboficial, sin que descienda y se confunda con las clases de tropa, ni pretenda emular y elevarse á las categorías superiores? ¿Cuál debe ser su sistema de reclutamiento, sus conocimientos, su educación, las ventajas de que debe gozar, y el porvenir, modesto ó envidiable, que debe reservarse á quien se resigna á consagrar toda su existencia al ejército, en un lugar secundario, obscuro y de poco relieve?

El señor Huecas ha dejado á un lado todo lo que no tiene carácter realmente práctico, y se ha concretado á exponer el sistema de reclutamiento, los exámenes, planes de estudios, programas, categorías, plantillas, ascensos, uniformes, retiros, divisas, recompensas, matrimonios, deberes y atribuciones de los suboficiales, terminando con detalladísimo programa para los exámenes de los sargentos aspirantes á ingresar en las Academias de sargentos alumnos de Infantería, Caballería, Ingenieros, Administración y Sanidad Militar.

El libro está bien compuesto, y en él se advierte la ausencia completa de ideologías y lucubraciones. Puede decirse que no sobra palabra y que las ideas, escuetamente expuestas, resaltan con toda su fuerza, sin que las oculte el ropaje de que se revisten.

No escaso tino ha hecho patente el señor Huecas en la redacción de este estudio de indiscutible oportunidad. Admitido que los suboficiales procedan de la clase de sargentos después de pasar por Academias especiales, creemos que ha resuelto el problema en conjunto, aunque la práctica impondría probablemente la modificación de algunos detalles.

Pero la legislación actual no es la más á propósito para obtener buenos suboficiales de la clase de sargentos, porque es un hecho notorio que cada día abundan menos los buenos sargentos que permanecen en filas todo el tiempo que les permite la ley, y muchísimas clases de tropa que con el tiempo serían excelentes suboficiales, se apartan del servicio en la primera ocasión; de suerte que muy en breve el reclutamiento de los sargentos y el de los suboficiales serán cuestiones conexas é inseparables que habrán de ser resueltas á la vez.

Para cuando llegue este caso, el estudio del señor Huecas, muy apreciable en todos los momentos, tendrá extraordinaria utilidad. Entre tanto muy conveniente es que sean meditadas las ideas vertidas por el autor, y que quienes tengan conocimientos y autoridad contribuyan á facilitar las labores del legislador, dándole garantías de acierto.

Reciba nuestra felicitación el señor Huecas, cuyo último trabajo será leído con vivo interés por todos los amantes de la milicia.

RUSIA CONTEMPORÁNEA. Estudios acerca de su situación actual, por don Julián Juderías.—Madrid, 1904.—273 páginas, 2,50 pesetas.

La guerra ruso-japonesa ha hecho que se concentrara la atención del mundo entero sobre esas dos potencias tan poco conocidas, tal vez menos Rusia que el mismo Japón, porque generalmente se cree que el imperio de hoy es el mismo que el de los Czares de hace dos siglos. La literatura fácil y destinada á lograr el éxito por la impresionabilidad del lector, ha contribuido poderosamente á que se haya formado una idea falsa de Rusia, tan lejos de la realidad como la leyenda está de la historia.

La larga residencia del señor Juderías en Rusia, y sus acreditadas dotes de pensador y de literato, son la mejor garantía de la bondad de *Rusia Contemporánea*.

Se examinan en el libro el territorio, la población, las razas, los idiomas, las religiones, las nacionalidades, el Czar y su gobierno, las clases sociales, el presupuesto, la agricultura, la industria, el comercio y las vías de comunicación, la cultura popular representada por el libro y por la prensa, la expansión colonial, y, finalmente, las causas del conflicto ruso-japonés.

El libro, muy documentado y correctamente escrito, revela una profunda imparcialidad, sin que el autor procure inclinar el ánimo de quien leyere, en uno ú otro sentido.

Verdaderamente notable, este libro está llamado á obtener una merecida y grande aceptación, y su lectura es punto menos que necesaria para quienes deseen formar juicio exacto de lo que acontece en el Extremo Oriente, y pretendan conocer las orientaciones futuras de la política exterior rusa, provocadoras, á la corta ó á la larga, de nuevos y más sangrientos trastornos.

---

## **Advertencia**

Con el cuaderno de BIBLIOTECA del 10 de Junio se repartió el pliego 2.º de *La Guerra de Montañas*, por el primer teniente de Infantería don Federico Pita Espelosin. Las cubiertas y portadas se distribuirán cuando quede terminada la publicación de la obra.